

se dedican con ardor al cultivo de las ciencias, á los experimentos agrícolas, á la grande industria. Naturalmente el hombre no es trabajador. Bueno es decir que el hombre ha nacido para el trabajo. *Homo nascitur ad laborem sicut avis ad volatum*. Todo esto es muy santo y muy bueno como precepto moral, como regla de observancia, pero no es una verdad absoluta. El hombre naturalmente es holgazán, abandonado y perezoso. La necesidad, la educación y la cultura le hacen trabajar, bien que para perseverar en este estado requiere cierta resistencia muscular y nerviosa. Esta es la verdad.

Regístrense las estadísticas de los pueblos civilizados y espanta ver el número de personas que viven de la mendicidad, de la beneficencia, los asilados en casas de corrección, los holgazanes oficialmente declarados. Añádanse á estos los que viven de renta y tienen medios para vivir sin trabajar y no se olviden los muchísimos que viven desesperados porque tienen que trabajar para comer y lo hacen de malísima gana. El salvaje, dice Peron (1), cuando tiene hambre se lanza á carreras largas y penosas y únicamente se para cuando el cuerpo cae rendido de fatiga. ¿Encuentra alimento abundante? Pues vuelve á su quietismo, á su reposo automático hasta que ha consumido sus provisiones y cuando le faltan torna á las andadas».

En todas partes encontramos individuos con escasa resistencia para la fatiga y el trabajo muscular ó con gran fortaleza y vigor corporal. Cuenta Herrera (2), que al invadir los españoles á América

(1) *Voyage de decouvertes aux terres Australes*, tomo 1.º, p. 464.

(2) Dec. 1, libro 9.º, cap. 5.

encontraron por regla general á los Indios más débiles y esta misma debilidad de los Indios dió lugar á la introducción de los esclavos de las costas de Africa más capaces para resistir la fatiga de ciertos trabajos rudos, Volney (1), hace notar que en los combates en grupos ó de cuerpo á cuerpo los habitantes Europeos de la Virginia ó de Kentucki han desplegado mayor vigor físico que los Indígenas de la América Septentrional. Otros viajeros han encontrado en diversos puntos de la América del Norte una inferioridad muscular muy marcada en los naturales del país. En cambio otros pueblos indígenas de América están dotados de una fuerza extraordinaria, como los Caraibos que pueden remar durante quince horas contra la corriente más rápida, con un calor de 30 grados termómetro Reaumur; ó como los Indios Tenateros empleados en las Minas de Méjico, que permanecen durante seis horas cargados con un peso de 225 á 350 libras subiendo rápidamente con esta carga escaleras de mil ochocientos peldaños (2).

70.— Los hombres que se consuelan viviendo con lo que la naturaleza produce espontáneamente, que se adoptan al medio ambiente y no reaccionan contra él para procurarse la satisfacción de sus necesidades ó mayores comodidades, los hombres que no quieren trabajar pertenecen á un estado de civilización que está fuera del dominio de la economía política, pertenecen á una edad que pudiéramos denominar *preeconómica*. Hay pueblos que son perezosos por naturaleza, como los Bathekes del Congo, los cuales pasan la vida comiendo, bebiendo y dur-

(1) *Tableau des Etats Unis*, tomo 1.º, p. 447.

(2) HUMBOLDT, *Essai politique sur la nouvelle Espagne*.

miendo (1). Los negros de Mozambique no sabían ni querían trabajar en la isla de Saint Paul (mar de las Indias) (2). Ciertos Montenegrinos creen que se deshonran trabajando (3) y la historia de las preocupaciones económicas, que sería muy larga de contar nos explica como permanecen abandonados ciertos veneros de riquezas que se tienen á la mano (4) y como decaen naciones enteras creyendo que las artes deshonran y el comercio envilece. Según Burton ciertas tribus de la costa occidental de Africa son gente impropresiva y perezosos por temperamento (5). Para el salvaje el trabajo es una plaga, y sólo la costumbre le reconcilia con él (6). Se cuenta de los *Comanches* que padecen de verdadera nostalgia cuando se les separa de su vida salvaje y perezosa, alejándolos de sus praderas, de sus caballos y de sus armas, anhelando su libertad y sus búfalos y antilopes (7). Los Indios Americanos procuran tener lo más indispensable y lo mismo se dice de los Siameses de ciertas comarcas y determinadas regiones (8), en donde los habitantes eran demasiado perezosos para hacer algo más que atender á las primeras necesidades de la vida, y aún de estas es-

(1) WESTMAKER, Conferencia sobre el Congo dada en el *Ateneo Barcelonés*, en 3 de Febrero de 1888.

(2) Voyage de circumnavigation de la frigate autrichienne *La Novara*, 1857-1859.

(3) Relato de un consul Otomano, inserto en la *Tour du Monde* primer semestre, 1860, p. 74.

(4) Los habitantes de los alrededores de Djujur creen que el que explota la plata toda su vida andará perseguido por los espíritus malignos, véase *Tour du Monde*, p. 169, columna 1.ª, primer sem. de 1860.

(5) RICHARD F. BURTON, *Twotrips to Gorilla Land and the cata-racts of the Congo*.

(6) FEDERICO DE HELLYWALD, *Historia de la civilización en su desenvolvimiento natural*, edición española, 1876, p. 116.

(7) *Tour du Monde*, primer semestre 1860, p. 350, 2.ª columna.

(8) Véase *El país del Elefante Blanco. Vistas y escenas del Sudeste de Asia*, relación personal de viajes y aventuras en la India, comprendiendo los países de Birmania, Siam, Cambodia Conchinchina, 1871, 1872, Londres, p. 193 citado por FEDERICO DE HELLYWALD, número 213 al capítulo 1.º

cogían las que requerían el menor esfuerzo para asegurar una cosecha. Clavairoz preguntó en Haití á un negro porqué no empleaba útilmente el dinero y recibió esta contestación: «¿Para qué? El buen Dios nos ha dado bananas y bajo las palmeras encontramos sombra» (1). El Búlgaro cultiva poco más de lo que necesita para sí (2). Los indígenas de la Luisiana, son, por decirlo así, el tipo del hombre imprevisor y antieconómico, pues ni siquiera quieren acostumbrarse á cojer el fruto de los árboles, prefieren destruirlos, lo cual ocasiona la casi extinción de los árboles frutales de aquella comarca (3). Los Krigs y los Assiniboels viven de lo que cazan; corren continuamente en los bosques sin detenerse á menos que hayan obtenido buen resultado de su cacería, en cuyo caso se paran y permanecen sin hacer nada hasta que han concluido las provisiones y se encuentran que han de pasar tres ó cuatro días sin comer por falta de previsión (4). Según Charleroix (5), los indígenas de ciertas comarcas carecen de toda idea de previsión, son perezosos y no tienen hábitos de trabajo ni de economía. Los habitantes de Nueva Celedonia no tienen ningún cuidado por el porvenir y cuando acaban los productos de la tierra, lo cual no se hace esperar mucho porqué al verlos en gran número llaman á las tribus de los alrededores para que los ayuden á consumirlos, comen como pueden ó cuando pueden ó se mueren de hambre

(1) *Globus*, tomo VII, p. 127, citado por HELLYWALD, not. cit.

(2) F. KANITZ, *Donan Bulgarien und der Balkan*, Leipzig, 1875 tomo I, p. 52, cita de HELLYWALD.

(3) *Traité de l'économie politique* por J. G. COURCELLE SENEUIL, Paris, tomo I, p. 79.

(4) *Lettres édifiantes*, tomo VI, párrafo 32, citado por el anterior.

(5) *Historie du Paraguay*, libro V.

(1). Los naturales de Oualan son incapaces de pensar en el porvenir, pues para ellos toda la vida se encuentra resumida en el día presente (2). Es indudable que los indígenas de las montañas de San Francisco (los jampays de la familia de los Apaches) pueden colocarse en el último rango de la escala social, pues son feroces y salvajes á más no poder, pudiendo decir que ni siquiera sostienen relaciones entre sí, y solo se distinguen de las bestias en que hablan; se alimentan de bayas de cedro, de los frutos de un pino (*pinus edulis*), de las yerbas del campo y de los racimos de algún arbusto (3). Ni siquiera son cazadores apesar de que en su país abunda la caza (4). Casi lo mismo pudiéramos decir de los Indios Pah-Utahs, que viven de raizes, así como de serpientes, sapos y ranas y de lo que roban á los viajeros, á los cuales descuartizan y se los comen cuando pueden (5). Hay entre los negros algunos que no quieren trabajar sino muy pocas horas (6), y en todos los pueblos y épocas hay hombres que consideran el trabajo como una carga muy pesada y no pueden acostumbrarse á él (7).

71.—Es indudable que la condición del hombre primitivo corresponde á la pintura que hacen los viajeros de las tribus y sociedades salvajes más atrasadas (8), viviendo de los eventuales productos

(1) BRAINNE, *La Nouvelle Calédonie*.

(2) JURIEU DE LA GRAVIERE, *Voyage en Chine*, tomo 2.º, p. 310.

(3) Vide *Tour du Monde*, 1.º Septiembre 1860, p. 371, columna 1.ª.

(4) Vide *Tour du Monde*, 1.º Septiembre 1860, p. 371, columna 1.ª.

(5) Vide *Tour du Monde*, 1.º Septiembre 1860, p. 382.

(6) *The West Indies and the Spanish Main* by ANTHONY TROLLOPE. London, 1860.

(7) Véanse nuestras *Instituciones de Derecho Mercantil*, tomo 1.º, parte histórica, Madrid, 1890, p. 28.

(8) Véanse las obras de SIR JOHN LEBBOCK, *Les origines de la civilisation y L'homme avant l'histoire*.

de la tierra y completamente esclavos de la naturaleza. El hombre primitivo se cobija en los huecos de las cortezas de los árboles, en las cavernas de las montañas, come los frutos que penden de las ramas y no piensa en el día de mañana; cuando ha agotado los frutos ó un incendio ha destruído el bosque cuyos arbustos le proporcionaban alimento, entonces el hambre le obliga á procurárselo y abandona la pereza ó inacción en que vivía. Sólo entonces, acosado por el hambre, es cuando persigue mortalmente á los animales que tiene á su alrededor para devorar su carne, ó lucha con sus semejantes para apoderarse de sus víveres, ó para comerlos si tanto aprieta la necesidad.

La cultura, la civilización humana que tantos elementos debe al progreso económico, comenzó desde el momento en que el aguijón de la necesidad obligó al hombre á abandonar este estado de inacción y á pensar de que manera tenía que componérselas—permítaseme la frase—para que en adelante no se encontrara en los mismos apuros. Entonces comenzó la *vida económica*, la vida del trabajo, la ocupación habitual para subvenir á sus necesidades, y desde aquel momento comenzó á dominar á la naturaleza, al dejar de ser esclavo de ella, y á utilizar todos sus elementos.

Téngase empero entendido que en todos tiempos y en todas las Sociedades hay hombres que viven la vida preeconómica. En todas las civilizaciones, en todas las épocas, en todas las agrupaciones encontramos hombres y mujeres que no trabajan ó no prestan servicio alguno á sus semejantes porque no pueden ó no quieren; y téngase entendido que tam-

bién deben ser excluidos de la vida económica las artes y trabajos, por más penosos, difíciles y complicados que sean, practicados por hombres que viven en un absoluto aislamiento, como los solitarios de Kiliandari (1), ó cuyos trabajos no prestan ninguna utilidad ni ventaja á sus semejantes. En todas las Sociedades hay parásitos y comensales, y de igual suerte que existen de una manera visible en el reino animal (2), se encuentran en la sociedad humana, aun en el siglo en que vivimos, en que predomina el comercio y la industria, son muchos los que no trabajan, que viven y son alimentados y sostenidos por los que trabajan y producen.

Pertencen, pues, á un estado *preeconómico*, los que no trabajan ó no prestan servicio á sus semejantes, los que viven en la holganza, los que viven del pillaje y del robo como las hordas que atacan á los viajeros en el desierto, siquiera lo disfracen con el nombre de tributos (3), los vagos, los enfermos, los alienados, los imposibilitados, los que viven de la caridad pública y hasta los pueblos que viven de la guerra y las personas que por su posición disipan los bienes y pasan la vida sin producir cosa alguna de provecho, gastando lo que ahorraron sus antepasados, ó lo que han adquirido sin esfuerzo alguno.

72.—La disminución de los medios de subsistencia ó el aumento de población en un espacio deter-

(1) V. M. A. POUST. *Voyage au Mont. Athos*, 1858.

(2) V. P. J. VAN BENEDEN. *Los comensales y Los parásitos del reino animal*. Paris, 1883.

(3) Los Touaregs saquean las caravanas que atraviesan el desierto y les roban cuanto pueden á título de tributo. *Tour du monde*, 2.º semestre, 1860, p. 198.

minado, ó ambas cosas á la vez, han promovido no ya las necesidades, porqué éstas existen siempre, sino el instinto y la costumbre de trabajar en ciertas y determinadas individualidades y colectividades que no han querido abandonarse al azár; y cuando este hábito y costumbre han sido permanentes y han constituido la base de la condición ó manera de ser de un pueblo, es porqué la inteligencia del hombre fué comprendiendo que era indispensable ser previsor y asegurar la subsistencia de sí mismo y de los seres que con él vivían y con el cual le unían afectos.

Los efectos de la disminución de los medios de subsistencia ó del aumento de población que promovió mayores necesidades, debieron sentirse en un espacio determinado y reducido con mayor intensidad, como por ejemplo en alguna isla ó en algún oasis, porque en las épocas primitivas de la humanidad, en que no había términos hábiles de que existiera ninguna manifestación de la vida sedentaria, cuando faltaban provisiones en un sitio (frutos de los árboles, caza, etc.), la población se trasladaba á otro en el cual permanecía hasta agotarlas. Esto no podía durar mucho tiempo en una isla de corta extensión ó en un oasis en medio de un desierto, lo que nos dá pié á pensar que de tales sitios, en donde el aumento de población ó la disminución de comestibles hizo sentir fuertemente la necesidad, emigró la población ó que fué la base para que se adiestraran los hombres en la caza, en la guerra y el pillaje. Es muy probable que tales fenómenos hayan ocurrido en un oasis más bien que en una isla ya que en los alrededores de los oa-

sis de los desiertos abundan desde luengos tiempos las hordas que se entregan al pillaje y al merodeo. Por otra parte, habiendo nacido la civilización y el progreso allí donde las necesidades se han hecho sentir fuertemente y sintiéndose en puntos donde aparecía desequilibrio entre la población y los alimentos, es muy probable que los oasis hayan sido focos y centro de población de donde hayan irradiado multitud de grupos humanos y tribus aguijoneadas por el hambre. Es muy probable, sobre todo en terrenos fértiles, en sitios *donde las montañas están cubiertas de árboles que les prestan eterno verdor y hacen saltar de sus pies fuentes que fertilizan los campos vecinos*, según expresión de Juan Jacobo Barthelemy (1), que en tales sitios viviera sin trabajar cogiendo los frutos de los árboles, bebiendo el agua de las fuentes, en la mayor indolencia, sin grandes necesidades, aunque constantemente *en guerra*, que es el estado primitivo de la humanidad.

73.—Conocida la estructura de un animal, pronto son conocidas sus condiciones y vista su conformación enseguida puede precisarse la actividad del mismo. La función no puede realizarse sin el órgano ó aparato adecuado y la existencia de éstos determina la *necesidad* de la función. La primera necesidad de un animal, es la que se revela en todo individuo de la escala zoológica aun en los más rudimentarios, por la existencia de un canal digestivo la nutrición. Las funciones de asimilación son anteriores á las de la respiración y otras, pues que los órganos que realizan esta función aparecieron

(1) *Viaje de Anacarsis á la Grecia*, tomo x, edic. esp. de 1847, pág. 6.

con mucha pòsterioridad en la vida animal. Los animales superiores, en especial el hombre, necesitan para vivir, indispensablemente

aire

calor

luz

agua

alimentos.

Los mismos animales y el hombre, tienen infinitas necesidades según el temperamento, la educación, el medio ambiente natural en que viven, los hábitos y costumbres, la sociedad, el grado de cultura, etc., pero sean cuales fueren las condiciones en que viven necesitan indispensablemente de cierta cantidad y calidad de aire só pena de morir asfixiados. Esta necesidad es la más apremiante, es de todas la primera, pues podrá haber quien resista algunas semanas sin comer, pero no hay quien pueda pasar un cuarto de hora sin respirar. Por lo tanto la *primera condición de vida* para todo sér que vive y tiene pulmones es la de *respirar*; y vivirá mejor, hará mejor la oxigenación de la sangre, será esta más rica y su organismo menos expuesto á las enfermedades y á la muerte cuanto más puro será el aire que respire. El calor, la luz, el agua y los alimentos son también elementos indispensables y fundamentales de toda vida animal y humana. Esto que es tan sencillo y elemental ha permanecido ignorado durante muchos siglos, y aun hoy, se hace poco menos que ningún caso de este *primer mandamiento de la Ley de la vida humana*, acumulando hombres y animales en sitios mal sanos, obligando á permanecer en habitaciones insalubres é incapa-

ces á seres humanos y permaneciendo indiferente la humanidad entera á la influencia nociva de tantos focos de infección que impurifican el aire.

Igualmente necesitan todos los animales superiores, y especialmente el hombre, además de cierta cantidad de aire, más ó menos puro, cierto grado de calor, cierta cantidad de luz, sin la cual debería permanecer inmóvil y en condiciones muy inferiores en presencia de otros seres, y cierta cantidad de agua y de alimentos.

74.—Es imposible conocer la esencia de los fenómenos económicos sin un estudio previo de las necesidades de la vida orgánica y de la vida social y de las condiciones bajo las cuales estas necesidades se satisfacen. Estas condiciones pueden dividirse en *subjetivas* y *objetivas*. Las subjetivas son cuatro, á saber: 1.<sup>a</sup> La existencia de la necesidad y por lo tanto la existencia de un órgano, de un aparato ó conjunto de órganos que estén en disposición de funcionar. Es evidente que si una ave ó un monodelfo careciese de estómago no tendría hambre y lo propio que si una lombriz careciese de tubo ó canal digestivo. 2.<sup>a</sup> La sensación de esta necesidad, el sentimiento ó la conciencia de la misma según sean estas necesidades fisiológicas, psicológicas ó de un orden superior y más complicado. 3.<sup>a</sup> Un cierto instinto, aptitud orgánica ó grado de inteligencia para procurarse ó escogitar los medios de satisfacer la necesidad (función), la que vá determinando en el organismo la presencia de un órgano ú aparato adecuado para ello; y 4.<sup>a</sup> Un esfuerzo para procurarse los medios ú objetos que han de satisfacerla. Las condiciones objetivas son: 1.<sup>a</sup> La existencia de un

objeto ó de un medio que satisfaga la necesidad; 2.<sup>a</sup> La ausencia de obstáculos que impidan la aproximación y el alcance de dichos objetos y medios. La vida económica entera tiene como factores aquellos organismos y estas condiciones y se extiende y desenvuelve con ellas.

75.—Las necesidades más apremiantes, aparte las de defensa del individuo, resistencia de los ataques del exterior, etc., y demás de *conservación del individuo* (1), son las que nacen de la vida orgánica, las que nuestro cuerpo tiene como sujeto que está á las leyes de la naturaleza. Las denominamos biológicas porque son del dominio de la biología (2) ó ciencia de la vida orgánica, siguen luego las que despierta en el hombre y en los animales su inteligencia, su fantasía y sus sentimientos afectivos, á las que denominamos *psicológicas*, pues son del dominio de la psicología (3); y por fin denominaremos *sociales*, las que nacen, se extienden y se verifican en la vida social (4). La *alimentación* es la primera, la más primitiva necesidad animal aunque, como hemos visto no es la más continua. Se satisface con productos animales y vegetales. El hombre empieza á alimentarse con leche y en las edades primeras de la humanidad, en que el hombre no era más que un

(1) Toda concepción de la vida descansa en el conocimiento del hecho de que todo ser que vive tiende á su conservación. El conjunto de la economía, así del individuo como de cada una de las células que lo constituyen está, por virtud de su constitución íntima (organización), dotado de esta propiedad de resistir á los agentes exteriores, y de manifestar por una serie de actos su tendencia al sostenimiento de una especie de *statu quo*. (RODOLFO VIRCHOW. *La Pathologie cellulaire basée sur l'étude physiologique et Pathologique des tissus*. 4.<sup>a</sup> edición, trad. de Straus. Paris, 1874, pág. 99.)

(2) V. *Principes de biologie* par HERBERT SPENCER, trad. del inglés por E. Cazelles, 1877.

(3) Consultese el excelente libro de HERIBERTO SPENCER. *Principes de Psychologie*, trad. de Ribot y Espinas y H. TAINÉ. *L'Intelligence*.

(4) Es curiosa la división de la vida humana que hace CARLOS LE-TOURNEAU en su libro *La Ciencia social según la etnografía*, cuyo estudio comprende en el fondo una división de las necesidades humanas.

niño con el vigor y la fuerza de una fiera, el *hombre preeconómico*, el hombre de los *oasis* y de los *paraísos* se alimentó con los frutos pendientes ó con los productos naturales de los árboles y arbustos. Cuando escasearon ó disminuyeron estos frutos, ó cuando de regiones fértiles se vió transportado á regiones estériles hubo de dedicarse á la guerra, á la caza, ó á la pesca.

Al lector le extrañará sin duda esta alusión á una especie de transporte involuntario del hombre desde ciertas regiones á ciertas otras, y sin embargo este fenómeno es muy común y no ha sido estudiado con el detenimiento que merece. En aquellas extensas regiones que se hallan comprendidas desde el Labrador hasta las Floridas y desde las playas del Atlántico hasta los lagos más remotos del alto Canadá, en estas numerosas comarcas divididas por cuatro rios caudalosos que nacen en los montes del mismo país, el río San Lorenzo que desagua al Este en el golfo de su nombre; el río del Oeste que lleva sus aguas á mares lejanos, el río Borbon que corre de Sud á Norte y se precipita en la Bahía de Hudson y el Meschacebi (1) que bajando de Norte á Sud se pierde en el Golfo Mejicano en aquellos espacios de 800 leguas, por ejemplo, que fertiliza este último río, y cuya deliciosa comarca los habitantes de los Estados Unidos llaman el *nuevo Eden* y á la que han conservado los franceses el dulce nombre de Luisiana, y donde otros mil rios tributarios del Mississippi, como el Misuri, el Illinés, El Akanza, el Ohio, el Wabacho y el Tenaso lo benefician con su

(1) Según otros Meschassipi ó Misisipi.

limo y la fecundan con sus aguas, cuando todos han crecido con las copiosas lluvias del invierno, cuando las tempestades han asolado grandes territorios cubiertos de bosques, el tiempo acumula en los manantiales árboles arrancados, los traba con bejucos, los consolida con lodo, planta encima algunos arbolitos y arroja su fábrica á las aguas. Impelidas estas balsas por las espumosas ondas, bajan de todas partes al Mississippi que las arroja hacia su embocadura para formar allí nuevas bocas corriendo caudaloso á través de los montes, de trecho en trecho, levanta su estrepitosa voz y extiende las aguas de que rebosa alrededor de las columnatas de las selvas y de las pirámides de sepulcros indianos, pudiendo designársele con el nombre del Nilo de los desiertos, mientras la corriente lleva al mar troncos de pinos y encinas arrancados. Sobre las dos laterales, se vén nadar á lo largo de las riberas, islas flotantes de pistia y ninfea, cuyas rosas amarillas se levantan á manera de mariposas. En estas embarcaciones llenas de flores se instalan verdes serpientes, garzas azules, flamencos de color de rosa y cocodrilos pequeños, y desplegando el viento sus velas de oro, la colonia llega dormida á desembarcar en algún remanso retirado.

En estas inmensas balsas se han visto transportados seres humanos á distancias enormes, y por virtud de este medio de transporte involuntario, alejados de los terrenos fértiles y conducidos á regiones apartadas, á playas inhospitalarias y á tierras sin vegetación y sin caza abundante. En las orillas del Mississippi se descubren praderas cuyo término no alcanza la vista donde pastan á la ven-

tura manadas de tres ó cuatro mil búfalos montaraces, en sus sendas aparecen árboles de todas formas, plantas de todos colores y perfumes, que se mezclan y confunden y creciendo juntas, suben á una elevación que fatiga la vista, ó bien asoman suspendidas sobre las corrientes de las aguas, agrupadas sobre enormes peñascos ó dispersos en anchurosos valles. Allí, no solamente encuentra el hombre alimento abundante en la infinita variedad de animales que habitan los bosques, y en los frutos de los árboles, sino relativas comodidades que un sér inteligente puede proporcionarse sin esfuerzo. Los viajeros de aquellas comarcas nos dicen que la vid silvestre y la coliquintida entretrejidas al pié de los árboles trepan por el tronco elevándose á veces hasta el extremo de sus ramas y pasan del arce al tulipán, del tulipán á la alcea formando grutas, bóvedas y pórticos, y que muchas veces estas lianas extendidas de uno á otro árbol, atraviesan los brazos del río formando sobre ellos puentes y arcos de flores y que del seno de estas masas embalsamadas, la altiva magnolia levanta su cono inmóvil que, coronado de blancas flores, señorea toda la selva y sin tener otra rival que la palmera. Refiere Chateaubriand (1) «que desde el extremo de las calles de árboles se ven los osos, que, embriagados con la uva, andan vacilando por las ramas de los olmos; los carabúes se bañan á manadas en el lago, las negras ardillas juguetean sobre la espesura de las hojas, arrendajos y palomas de Virginia del tamaño de un gorrión se bajan á los céspedes esmaltados de rosadas fresas;

(1) *Los natchez*, edic. esp. de Fco. NACENTE, prólogo, p. VIII, 1880.

papagayos verdes de cabeza amarilla, cotorras purpúreas y cardenales de color de fuego, trepan dando vueltas hasta lo alto de los cipreses, los colibrís centellean sobre el jazmín de las Floridas y las serpientes silban suspendidas en las cimas de los árboles meciéndose como lianas.»

En estas regiones, no era posible la vida activa, la vida del trabajo constante, porque la abundancia de vegetación atrae y cria una fauna numerosa por virtud de la cual el hombre ha de estar en perpetua lucha con los demás animales y mediante ella tiene á mano una alimentación suficiente. Es difícil que el hombre, á pesar de la situación de guerra constante en que se hallara, quisiera abandonar estos lugares que convidan á la vida nómada y poéticamente salvaje (1). Sólo un fenómeno que ocasionara un transporte involuntario como el que he referido anteriormente podía hacerle abandonar tan deliciosas comarcas y obligarle á una vida de trabajo continuo.

En los pasajes á que me refero no le falta jamás al hombre salvaje el pavo silvestre, la paloma torcaz, el faisán del bosque, algunos vegetales como el helecho llamado por los indígenas de la Luisiana *tripas de roca*, la corteza azucarada del álamo blanco, manzanas de mayo que saben á melocotón y

(1) El atractivo que tienen estas regiones extraordinariamente fértiles, produce en los salvajes una nostalgia especial cuando les transportan á una ciudad ó centro civilizado. Así Chateaubriand en *Atala* pone en boca de un indio estas palabras: «Tu mismo lo estás viendo, padre mío; yo moriré si cuanto antes no vuelvo á la vida errante del indio.» Es muy común en la Isla de Cuba que los negros abandonen el Ingenio ó la ciudad *haciéndose cimarrones*. Refiere un amigo mío, señor Llivi, que ha permanecido durante algunos años en la Isla de Cuba, que á un negro le reprendía su amo diciéndole: «Te has hecho cincuenta y tres veces cimarrón. No tienes vergüenza.» Y en iguales términos le regañaba cada vez que volvía del bosque con los vestidos destrozados á donde había ido á curarse por algunos días la nostalgia de los bosques y las selvas.